

"EL HOMBRE DE ARÁN"

Pocas veces la pantalla cinematográfica ha alentado tanta grandeza como la que respiran las imágenes de "El hombre de Arán", de Flaherty. Lo que "Extasis", de Machaty, tenía de euforia estival, de gana piafante de vivir, de espumoso vino del Rhin, lo tiene "El hombre de Arán" de gravedad dramática y conceptual. En ambas el mismo criterio casi documental, alimentado en imágenes puras. El cine se desnuda de todas sus ropas superfluas y vive el duro trance dramático. Ningún conflicto aparente y escasísimas palabras en un diálogo que seguramente no se quiso estirpar del todo para no dar a su omisión el sentido deliberado y polémico que esa omisión tiene, por ejemplo, en algunas producciones de Chaplin. El hombre de Arán, su mujer, su hijo, los pescadores de Arán, hablan poco en la película, sencillamente porque hablan poco en la vida real. ¡Cómo hablan, en cambio las cámaras! El tema insistente de las olas batiendo los riscos una y otra vez, con el mismo sentido de épica obsesionante que nos transporta en el 2º movimiento



de la 7ª Sinfonía de Shostakovich, y en la imponente del escenario el hilo finísimo de que parece pender la vida de los hombres, componen un friso dramático inolvidable. Hablábamos de la elocuencia de las cámaras. Pero la velocidad prodigiosa con que ellas persiguen las olas empenachadas de espuma o la tremenda sinceridad de los primeros planos vigilando el gesto humanísimo del hombre, o de la mujer o del niño, no son sólo el regusto de un realizador, de un gran realizador, por el gratuito hallazgo plástico, sino la religiosa faena de un artista, de un gran artista, soplando sus intuiciones a la obra.

¿Qué falta podía hacer, entonces, la trama anecdótica escrupulosamente falsa con la que los "bordereaux" se cobran con creces el hambre morbosa de los públicos por conflicto digeridos de antemano? Es ya clásico el pedestal reproche del público grueso, tan afecto, sin embargo, a pasar por fino en los torneos del arte, —diciendo que "El hombre de Arán" es una película pesada, repetida, falta de acción. Personalmente, siempre me dejé ganar por su salud como espectáculo y por el ritmo incansable de sus cámaras viajeras, que dejan como un gusto salobre y una comezón marina en el fondo de la sensibilidad. Aparte de ser, desde luego, un drama tan directo como el de "Madre Tierra", en el que la lucha tiene una ferocidad casi animal, pero también, paradójicamente cierto sentido humorístico o plancentero, notable en varias escenas de "El hombre de Arán", en que los rostros de los personajes parecen sentir la satisfacción de la fatiga. Seguramente porque aman el mar temible y la ropa pelada de la isla, a la que hay que castigar tan duramente para hacerla parir un magro puñado de tierra.

Es algo más que adaptabilidad, lo que hace falta para vivir esa vida, más aún que para admirarla desde lejos. Es, creemos, una sobrecogedora fortaleza moral para aceptar el desafío sin plazos de la naturaleza que exige vencerla en cada minuto, para no dejarse vencer por ella. Y todavía tener la claridad de alma de sentir en la cruda lucha, la sana alegría de vivir. Esto debe ser, seguramente, lo que Unamuno llama "el sentimiento trágico de la vida".